

El sufragismo británico: narraciones, memoria e historiografía o el caleidoscopio de la historia

M.^a Jesús González
Universidad de Cantabria

La reciente creación de un poderoso grupo de rock femenino, *Suffrajets* (emulando el nombre de las viejas militantes *suffragettes*), con aspiraciones de revolucionar la participación femenina en la música, puede parecer algo anecdótico. Pero no lo es tanto. Hace resonar el eco de un espíritu que, más allá de sus límites cronológicos, mantiene su poder de atracción y transmite un mensaje y una actitud desafiante y cuasi corporativa entre las mujeres. Y éste, precisamente, es uno de los logros del movimiento sufragista más allá de la consecución del sufragio: el haber potenciado un sentimiento de orgullo colectivo entre muchas mujeres, un espíritu reivindicativo y de acción común que en su momento sirvió tanto de aprendizaje de ciudadanía y su práctica política, como de surgimiento de identidad de género.

El movimiento sufragista. Una breve síntesis

El movimiento sufragista británico es, indudablemente, uno de los más poderosos de la historia¹. Y también quizás el más rico en su

¹ Una narración detallada de la evolución del sufragismo británico en mi artículo «La mujer incesante. Las estrategias de lucha por la ciudadanía y los rostros del sufragismo británico (1850-1918)», en prensa. Quiero agradecer a David Doughan, ex bibliotecario de la Women's Library (Fawcett Library) y experto en sufragismo, sus muy sugerentes comentarios y recomendaciones que han enriquecido este artículo.

evolución teórica y práctica y en sus diversas etapas y representantes. En sus inicios combinó reivindicaciones básicas feministas y más secundariamente sufragistas. Nació oficialmente a mediados del siglo XIX, muy vinculado a sectores liberales y progresistas, como movimiento de reivindicación de ciertos derechos fundamentales que le eran negados a la mujer en el campo de la educación, la propiedad o el trabajo. Entonces, fue liderado por el elitista grupo de las «damas de Langham Place» (Emily Davies, Elizabeth Garret, B. Bodichon, Bessie Rayner, Helen Taylor...) y propulsó la primera solicitud parlamentaria de sufragio (1867) que protagonizó John Stuart Mill. A pesar de este primer fracaso parlamentario, se fue distribuyendo por todo el país en forma de pequeñas asociaciones feministas-sufragistas, de diferentes adscripciones políticas, religiosas o laborales y siguió luchando desde múltiples perspectivas, con escaso o nulo éxito, por conseguir mejoras para la mujer y por lograr el derecho al voto.

En los años 1870 y 1880, el movimiento abordó una nueva fase en la que incorporó la lucha activa desde el plano sexual. Se rebeló —a través del detonante de su lucha contra la «Ley de enfermedades contagiosas»— contra la «inmoralidad masculina» y la hipocresía de una sociedad patriarcal que parecía condenar a la mujer a la prostitución o al languidecimiento doméstico y, bajo el liderazgo de Josephine Butler, denunció el doble *standard* de moralidad (diferente para hombres y mujeres), reivindicó la superioridad moral de las mujeres y reclamó el voto para éstas como vía de regeneración moral (y social) de la sociedad. El movimiento incorporó entonces el aprendizaje de la militancia y la movilización pública y enriqueció sus objetivos, ganando adeptas. Incrementó además su labor asociativa y su lucha. Ante el segundo fracaso parlamentario en 1884, se replanteó su futura orientación y decidió centrarse exclusivamente en la consecución del voto. Y fue a partir de este momento cuando nació como movimiento estrictamente sufragista.

Para aunar fuerzas y coordinar objetivos, se federó inicialmente en una gran Unión Nacional de Sociedades Sufragistas, la NUWSS (National Union of Women's Suffrage Societies). Nació en 1897 bajo el liderazgo democrático de la liberal Millicent Garret Fawcett, aunque contaba con figuras destacadas de diverso signo político, como Helena Swanwick, Eleanor Rathbone o Eva Gore Booth. Admitió diversidad de pareceres y propuestas políticas en su interior y concentró su energía en una estrategia de lucha moderada y constitucio-

nal, pero firme y tenaz, por el voto femenino. Coordinada con sectores masculinos de diferentes partidos, practicó fundamentalmente la táctica de *lobby* parlamentario, además de las campañas de educación, información y movilización callejera, las grandes manifestaciones espectáculo o la protesta de «baja intensidad» violenta, aunque mantenida con una incesante actividad en diversos campos de expresión (político, cultural, etcétera).

La falta de éxito inmediato de esta gran federación y de sus tácticas llevó en 1903 al nacimiento de un movimiento sufragista mucho más activo, ejecutivo y radical: excluyente de hombres (aunque no específicamente en sus inicios) y alejado de directrices partidistas que, aparentemente, se convirtió en rival de las moderadas o «constitucionalistas» —como las denominaremos en adelante—. Se trataba de una organización exclusivamente «de mujeres» que luchaba por el voto: la Unión Social y Política de Mujeres o WSPU (Women's Social and Political Union), que pronto fueron denominadas «las *suffragettes*» o militantes. Era un grupo partidario de la acción frente a las palabras, como resumía su lema: «*Deeds not words*». Practicó acciones violentas de diversa intensidad, que se irían incrementando, alcanzando su máxima virulencia entre 1911 y 1914, hasta llegar a los atentados con bombas e incluso —como se ha descubierto recientemente en papeles desclasificados— planeando un posible atentado contra Asquith². Por todo ello se vio sometido a persecución y encarcelamientos. Sin embargo, también practicaba paralelamente una importante labor de propaganda y de movilización pacífica. Estaba liderado por las mujeres de la familia Pankhurst. Lo dirigían la enormemente carismática Emmeline y su hija mayor, Christabel. En un segundo plano, más relegada por su asociación al movimiento obrero socialista —lo que le costó la expulsión final de la WSPU— estaba otra de las hijas, Sylvia.

Pero además y como consecuencia de la rigidez del liderazgo del movimiento y el maximalismo de sus tácticas, éste sufrió otras expulsiones o defecciones de grupos críticos en su interior, como la progresista Liga de las Mujeres por la Libertad, o Womens Freedom League (WFL), creada en 1907 y acaudillada por Charlotte Despard y Teresa

² Según destacan *The Times*, 29 de septiembre de 2006 y *Guardian* de la misma fecha, basándose en un informe de Scotland Yard que ha salido recientemente a la luz, había mujeres que entrenaban con armas porque pensaban dispararle.

Billington-Greig, o incluso de viejos fieles como el matrimonio Pethick Lawrence, opuestos a la línea más violenta desarrollada desde 1911.

El desarrollo del movimiento desde sus orígenes y, especialmente, la evolución, las tácticas y el enfrentamiento de estos dos grandes grupos, constitucional y militante —que marcaron la etapa álgida de la reivindicación sufragista— han sido evaluadas a través del tiempo a la luz de diferentes perspectivas políticas o feministas de diverso signo. En las páginas que siguen se analiza la evolución historiográfica de este movimiento, que ha dejado un legado complicado y vivo. Especialmente «ruidoso» es todo lo que atañe al grupo más controvertido, el de las *suffragettes* o militantes que, inevitablemente, ha condicionado la imagen general del movimiento. Por ello, el lector y la lectora encontrarán muchas más referencias al mismo.

El estudio del movimiento sufragista. ¿Un campo minado?

La complejidad de la interpretación del movimiento edwardiano (1900-1914) —y el peso de las diferencias internas— se demostró en fecha tan tardía como 1943, cuando la cineasta laborista Jill Craigie se dispuso a filmar un documental sobre el movimiento, pero acabó desistiendo ante las numerosas presiones por parte de las supervivientes para «imponer» una línea de narración. Y se sigue demostrando en la actualidad, cuando las fervientes seguidoras de la *suffragette* socialista, Sylvia Pankhurst, luchan una batalla de estatuas y reconocimiento, frente a las de su madre y antagonista política, Emmeline. En octubre de 2005 varias diputadas amenazaron con encadenarse a las verjas del Parlamento para conseguir que la estatua de Sylvia se expusiera en la plaza de Westminster (cerca de donde la tienen su madre y su hermana). La Baronesa Decana de Thornton-le-Fylde manifestaba el 16 de marzo de 2006 en la Cámara de los Lores su extrañeza hacia la negativa a erigir una estatua a Sylvia Pankhurst, que a su modo de ver fue «clave» en la lucha por los derechos de la mujer, más allá incluso de la lucha por el voto, y «no su hermana o su madre». La razón profunda de la disputa se centra en el plano de la rehabilitación histórica y memorialística del sufragismo socialista. Se reclama su protagonismo en la consecución del voto, frente a la hegemonía atribuida a unas *suffragettes* radicales debidamente «reinventadas». También se percibe esta tensión viva cuando «pankhurstólogos» antagonistas (como los

especialistas Joan Purvis o Martin Pugh) cruzan ferozmente sus espadas en el *Times Higher Educational Supplement*³ sobre la valoración del significado de esas *suffragettes* (y del movimiento militante), sin excluir insultos casi personales. Por otra parte, está la «disfuncionalidad» de la familia Pankhurst —un matriarcado enfrentado, en el que murió el único hijo varón—, en la que las trayectorias políticas extremas de sus mujeres sólo es comparable, salvando las distancias, a la de las famosas hermanas Mitford (entre ellas, una socialista y dos fascistas)⁴. Esa división en la carismática familia complica y enreda aún más el ya complejo legado político y memorialístico de los diferentes grupos y facciones sufragistas.

Pero además, la producción historiográfica es enorme, aunque un poco desequilibrada en sus objetivos. Como destaca Sandra S. Holton, se ha convertido en un tópico decir que las mujeres han estado «escondidas de la historia» (*hidden from history*), según la afortunada expresión de Rowbotham, y que sólo ahora se están haciendo visibles. Aunque en general ha sido así, las sufragistas británicas son la excepción que confirma esta regla. Existen numerosísimos trabajos dedica-

³ Lo de Cragie lo cuenta ROLLYSON, C.: «A conservative revolutionary: Emmeline Pankhurst (1857-1928)», *Virginia Quarterly Review*, 79 (2003). La batalla de estatuas, en *Sunday Telegraph*, 16 de octubre de 2005, y *Guardian*, 24 de marzo de 2006. La petición cuenta con el apoyo de Tessa Jowell, Secretaria de Estado de Cultura, Patricia Hewitt, Secretaria de Estado de Salud, o la Baronesa Boothroyd, miembro de la Cámara de los Lores. La cita de la Baronesa Decana de Thornton-le-Fylde defendiendo a la *suffragette* socialista está en *Hansard*, 16 de marzo de 2006, cita extraída del sitio web del *The Sylvia Pankhurst Memorial Committee*. La feroz polémica, en *Times Higher Educational Supplement* 1, 8, 15, 22 y 25 de enero de 2002; también *Observer*, 11 de junio de 2000.

⁴ «Tan disfuncionales, que podrían ser una opera», cit. por LIDDINGTON, J.: «Era of Commemoration: Celebrating the Suffrage Centenary», *History Workshop Journal*, 59 (2005), p. 201. Las hermanas Mitford formaban parte de una conocida familia aristocrática y fueron notorias en su vida pública por sus divisiones políticas radicales. Destacaron fundamentalmente cuatro: Diana fue la esposa de Oswald Mosley, el líder fascista, y permaneció encarcelada durante la guerra por sus ideas pro nazis; también fascista era Unity, admiradora y amiga personal de Hitler, Goering y Goebbels; Jessica, sin embargo, fue comunista y activista de los derechos humanos; y Nancy, escritora liberal y crítica sarcástica de la aristocracia. Las Pankhurst estuvieron divididas en los años de la militancia: Adela y Sylvia eran socialistas, Emmeline y Christabel defendían el «antipartidismo» y la lucha estricta de género. Tras conseguirse el voto, Adela siguió siendo socialista-feminista, Sylvia también, además de pacifista, antirracista y antifascista. Emmeline se presentó a las elecciones como diputada conservadora y Christabel ingresó en un grupo religioso fundamentalista.

dos al estudio de las sufragistas. Tantos, que su historia se ha convertido en una especie de historia palimpsesto, en la que unos autores escriben basándose en lo que otros han dicho o (peor) ignorando que «ya lo han dicho»⁵. Especialmente dotadas de trabajos de investigación están las edwardianas entre 1900 y 1914, sobre todo las *suffragettes* o militantes, que de alguna manera han actuado de «gancho». Algo menos investigadas están las sufragistas moderadas o constitucionalistas. Prácticamente nada se ha publicado sobre las disidentes de la WFL de Charlotte Despard. Escasean también las investigaciones que aborden la labor de las pioneras victorianas de 1850 a 1900. En cualquier caso, son tan significativas las carencias como la multiplicidad de acercamientos e interpretaciones historiográficas del movimiento que se refleja en estos trabajos. Ambos factores ponen de relieve no sólo la pluralidad interpretativa con la que es posible abordar este tema especialmente complejo y rico en su transversalidad (política, social, cultural, sexual), sino su actualidad, evidente en los debates aún abiertos y en la continua incorporación de nuevas perspectivas de análisis. Su vitalidad, en suma, tiene que ver tanto con los avances y expansión de la investigación histórica, como con la propia evolución del movimiento feminista y su reinterpretación de actitudes, narrativas, valores, imágenes y sujetos. Por tanto, se puede comenzar destacando una interacción especialmente dinámica entre teoría política e investigación histórica.

A ella se suma un debate subyacente entre memoria e historiografía. Por una parte, impera una poderosa construcción memorialística estilizada y un tanto maniquea que ha tendido a convertir en heroínas, semi-santas, a algunas de sus protagonistas y que pervive en la memoria popular. Su construcción se remonta a los años de entreguerras. Por otra parte, existe una realidad mucho más plural y matizada, que es la que han venido abordando los historiadores. Memorias fundacionales y memoria pública, interpretaciones, teorías políticas y de género, acercamientos documentales o debates en la prensa se entrecruzan, por tanto, convirtiendo el tema en un particular juego de espejos, o un «caleidoscopio»... aunque algún autor ha preferido referirse a él como un «campo minado»⁶.

⁵ HOLTON, S. S.: *Feminism and democracy. Women's suffrage and reform politics in Britain, 1900-1918*, Cambridge, CUP, 2002 (1.^a ed. 1986), cap. 1.

⁶ El caleidoscopio en HOLTON, S. S.: *Suffrage days. Stories from the Women's Suffrage Movement*, Londres, Routledge, 1996, pp. 1-2. El autor al que me refiero es

Precisamente, el objeto de este ensayo historiográfico es el de desbrozar este apasionante campo de estudio, clasificar y sistematizar las diferentes líneas desde su genealogía y destacar las posibles interacciones entre los relatos fundacionales, la interpretación historiográfica y las reconstrucciones sociopolíticas en su evolución y en el proceso de reconstrucción de la memoria. Con ello se constata la existencia de ese «campo minado», pero también una riqueza de acercamientos, reflexiones teóricas y capacidad de evolución que resulta ejemplar y alentadora.

Existen algunos estudios historiográficos sobre el sufragismo británico en sus diversos aspectos, aunque no suelen combinar esta triple perspectiva (relatos fundacionales, historiografía y construcción de la memoria). En este ensayo, cuya pretensión es la de exponer y sistematizar para el público español las aportaciones expuestas en la historiografía británica por sus máximas especialistas, se intentarán reflejar los tres campos. Para ello se seguirán y completarán los estudios historiográficos más importantes, especialmente las aportaciones de S. S. Holton en cuyo estudio sobre *The making of British Suffragism* se ha basado la clasificación que se establece en estas páginas entre las líneas fundacionales (constitucionalista/militante) y las escuelas (masculinista/feminista). Los estudios historiográficos de Purvis y Joannou o de Eustance Ryan y Ugolini han sido también muy útiles así como sus reflexiones diseminadas en artículos diversos. El aspecto de la reconstrucción memorialística se ha basado en los muy sugerentes trabajos de Nym Mayhall, Hilda Kean y J. Liddington⁷.

David Doughan, quien me ha expresado verbalmente este concepto que, por otra parte, constituye un tópico en el círculo de especialistas en la materia.

⁷ HOLTON, S. S.: «The making of British Suffragism», en HOLTON, S. S., y PURVIS, J.: *Votes for Women*, Londres, Routledge, 2000. PURVIS, J., y JOANNOU, M. (eds.): *Suffrage movement: new feminist perspectives*, Manchester, 1998; EUSTANCE, C.; RYAN, J., y UGOLINI, L.: *A suffrage reader. Charting directions in British Suffrage History*, Londres, Leicester University Press, 2000; NYM MAYHALL, L. E.: «Creating the Suffragette spirit. British feminism and the historical imagination», *Women's History Review*, 4 (1995); *id.*: «Domesticating Emmeline: Representing the Suffragette, 1930-1993», *NWSA Journal*, 2 (1999); KEAN, H.: «Searching for the past in Present Defeat: the construction of historical and political identity in British feminism in the 1920's and 1930's», *Womens History Review*, 1 (1994); LIDDINGTON, J.: «Era of commemoration: celebrating the Suffrage centenary», *History Workshop Journal*, 59 (2005).

Las narraciones e interpretaciones fundacionales no historiográficas y la construcción de la memoria: ¿quién ganó la lucha por el voto? El fenómeno Pankhurst

La lucha por el sufragio femenino es un tema que cuenta con numerosos testimonios autobiográficos o de carácter exegético escritos en la época (diarios, narraciones y biografías de activistas, novelas y obras de teatro), y con unas muy sólidas interpretaciones generales referidas al periodo estrictamente sufragista (1897-1914). Se trata de las narrativas que parten de algunas de las principales representantes de los grupos constitucionalista (NUWSS) y militante (WSPU). Estas narrativas, muchas de las cuales se escribieron o «reescribieron» después de la Primera Guerra Mundial —con el voto ya ganado—, han tenido enorme influencia posterior, atravesando la mayoría de las interpretaciones contemporáneas, por ello comenzaremos destacándolas. Dejaremos de lado las memorias o narraciones del periodo pre sufragista, entre las que no hubo un debate de esta naturaleza, puesto que nunca tuvieron ni una competencia de tácticas, ni la perspectiva del triunfo del sufragio y la posterior lucha por la reivindicación del mérito de haberlo conseguido.

Interpretación constitucionalista

La interpretación constitucionalista nació con el propio movimiento en los años 1890 y tiene un tono *whig*, anglocéntrico y moderado⁸. La narración de Ray Strachey, *The Cause* (1928), es la más importante en este campo. A lo largo de esta obra se manifiesta una alabanza de las tácticas graduales, constitucionalistas, pragmáticas y políticamente plurales de la NUWSS y de su líder Millicent Garrett Fawcett. Se presenta el movimiento de mujeres como parte del avance y del progreso social general, restando importancia a los gestos heroicos o las acciones espectaculares de las militantes. En la exposición de Strachey hay una valoración del sufragismo victoriano y de sus logros tanto como del eduardiano. Pero, sobre todo, la autora estableció las bases de la posterior

⁸ HOLTON, S. S.: «The making...», *op. cit.*, p. 17, y NYM MAYHALL, L. E.: «Creating...», *op. cit.*, p. 32.

interpretación historiográfica liberal del sufragismo, predominante hasta los años sesenta, al marcar una dicotomía rígida entre constitucionalistas y militantes (en detrimento de éstas últimas), a través de la utilización de una serie binaria de valores contrapuestos: NUWSS/WSPU, constitucional/militante, civilizado/incivilizado y racional/irracional⁹. Esta obra influyó en una historia del sufragio polarizada que durante mucho tiempo ha sido pro o anti-WSPU. Los peligros obvios en este acercamiento dicotómico, que también se ha practicado en el ala militante, consisten en que se desprecia el hecho de que en las bases del movimiento de sufragio, las redes de amistad individuales entre mujeres y las elecciones tácticas según las circunstancias superaban a menudo diferencias políticas entre mandos nacionales. En definitiva, las bases eran mucho más versátiles y fluidas que sus líderes. La revisión del sufragismo *constitucionalista* desde las nuevas investigaciones ha demostrado que entre estas bases se practicaban también técnicas de resistencia alternativa complementaria a la constitucional, a veces violenta, sin preocuparse de un presunto enfrentamiento táctico con las militantes. Precisamente, la excelente autobiografía de Helena Swanwick, miembro de NUWSS y editora de su periódico *Common Cause*, aporta un tono menos apologético que la obra de Strachey y permite entender ese «tránsito» fluido en las bases, que en no pocas ocasiones pagaban su afiliación a ambos grupos, entendiéndolos como dos estrategias posibles y no necesariamente incompatibles¹⁰.

Interpretaciones militantes

Hay dos narraciones o interpretaciones militantes: la militante radical y la militante socialista (en realidad, más socialista que militante), que se corresponderían en el tiempo con las dos líneas feministas desarrolladas entre los años sesenta y setenta.

⁹ El dualismo establecido por Strachey ha sido estudiado por DODD, K.: «Cultural politics and women's historical writing: the case of Ray Strachey's *The Cause*», *Women's Studies International Forum*, 13 (1990), pp. 127-137, cit. por NYM MAY-HALL, L. E.: «Creating...», *op. cit.*, p. 321.

¹⁰ Además de la citada obra de Strachey, está la espléndida (y más objetiva) autobiografía analítica de SWANWICK, H.: *I Have Been Young*, 1935. Véase también GARRET FAWCETT, M.: *What I remember*, 1924. En esta idea del «tránsito fluido» ha insistido mucho HOLTON, S. S.: *Suffrage days...*, *op. cit.*

En ambos casos, como señala Holton, pretendían establecer una diferencia, una ruptura inequívoca entre las sufragistas militantes y el pasado (liberal, moderado, constitucional) «por su disposición a comprometerse con las políticas del cambio»; y también se establece una dicotomía divisoria, en este caso utilizando términos como radical frente a conservador o populista frente a elitista¹¹.

La interpretación *militante radical* implica una justificación de las tácticas de la WSPU, una celebración del radicalismo como método y de la adopción de políticas de acción violentas (atentados con ácido o bombas en lugares públicos, destrucción de inmuebles y comercios, etc.), además de valorar la importancia de la limitación impuesta a la participación masculina en el movimiento. Obviamente fueron las Pankhurst las principales portavoces de estas interpretaciones. La primera narración militante fue la de Sylvia Pankhurst, *Sufragette*, escrita en 1911, una fecha temprana en la que el grupo, muy activo, aún no había desarrollado sin embargo sus acciones más extremas. Emmeline Pankhurst, la fundadora del movimiento, escribió *My own story* tres años después, y el tono de su texto era bastante más radical. Omitía las expulsiones y defecciones internas producidas precisamente a raíz del endurecimiento de las tácticas y actitudes impuestas al grupo. En esa misma línea, y abundando en las ventajas del «aislamiento» femenino, el desafío al sistema de valores masculino y en la necesidad de mantener la pureza y los métodos del grupo, se sitúa la obra de Christabel Pankhurst *Unshackled*, escrita en 1930, aunque publicada a su muerte, en 1959. A estas obras habría que sumar las diversas memorias de miembros de la elite del WSPU (los Pethick Lawrence, Kenney, Gawthorpe) o biografías de personajes más secundarios pero simbólicamente muy significativos (Lytton, Harding o Richardson, por ejemplo)¹². Sin olvidar los volúmenes de memorias colectivas de prisión, en los que se recogían historias y testimonios de las *suffragettes* encarceladas en los años más activos de la lucha, y que fueron recopilados por la Hermandad Sufragista, creada en los años veinte. Las autobiografías se utilizaron para enfatizar el sentido de cuerpo

¹¹ Véase una explicación más amplia en HOLTON, S. S: «The making...», *op. cit.*, pp. 19-22.

¹² PETHICK-LAWRENCE, E.: *My Part in a Changing World*, 1938; LYTTON, C.: *Prisons and Prisoners*, 1914; RICHARDSON, M.: *Laugh a Defiance*, 1953; KENNEY, A.: *Memories of a Militant*, 1924; o GAWTHORPE, M.: *Up Hill to Holloway*, 1962.

unido o fuerza colectiva del movimiento, al estilo de la memorialística de la izquierda¹³.

Finalmente, a todas estas narrativas escritas, hay que sumarles aquellas otras «no escritas» que surgen de monumentos, representaciones iconográficas y conmemoraciones públicas (como veremos en el próximo apartado). Como han destacado Kean y Mayhall, esta construcción interpretativa enormemente poderosa e influyente, y que ha tendido a absorber tanto la imagen pública-popular del sufragismo como una buena parte de la atención historiográfica, se convirtió en una referencia «fetiche» y fue la que más condicionó y acaparó la construcción memorialística. Sobre todo se centró en su etapa más violenta (heroica), estableciendo una separación entre esta militancia «nueva» y su origen constitucional¹⁴. Lo hizo hasta el punto de que un movimiento, el sufragista, con raíces en los años 1850, de repente se vio reducido en la imaginación y la memoria popular a cuatro años de lucha: 1911 a 1914 y a tres o cuatro líderes; o como se lamentaría una *suffragette*: «Todo lo que queda de lo que una vez fue un movimiento vital no es más que una especie de ficción de vacas sagradas»¹⁵.

El fenómeno «Pankhurst»

En realidad, Emmeline y Christabel Pankhurst ya fueron, en su momento, auténticas *stars* desde el punto de vista de su valoración mediática e impacto público. Así lo demuestra no sólo su inmensa popularidad y presencia fotográfica en la prensa, sino el hecho de que fueran ellas las únicas líderes sufragistas representadas en el famoso *Museo de Cera de Madame Tussaud*, junto con la obrera Annie Kenney y E. Pethick, figuras expuestas entre 1908 y 1924¹⁶. Pero la reconstrucción de la militancia fue abordada a posteriori, en la postguerra

¹³ Tal y como destaca KEAN, H.: «Suffrage biography: A study of Mary Richardson-Suffragette, Socialist and Fascist», en EUSTANCE, C.; RYAN, J., y UGOLINI, L.: *A suffrage reader...*, *op. cit.*, p. 177.

¹⁴ Véase NYM MAYHALL, L. E.: «Creating the Suffragette...», *op. cit.*, y KEAN, H.: «Searching for the past...», *op. cit.*

¹⁵ NYM MAYHALL, L. E.: *The militant suffrage movement. Citizenship and resistance in Britain 1860-1930*, Oxford, OUP, 2003, p. 135.

¹⁶ Tal y como me ha confirmado Susana Lamb, empleada en el Archivo de Madame Tussaud, y a quien agradezco su información.

mundial. Fue favorecida por la actitud jingoísta que adoptaron las líderes militantes durante la guerra, apoyando las levas de hombres y luchando contra los huelguistas; se benefició del ambiente postbélico; y fue auspiciada por esa activa y pujante Hermandad Sufragista y sancionada por políticos liberales y conservadores, desde Balfour a la Thatcher. Estos políticos reelaboraron el sentido profundamente revolucionario de la militancia, «domesticando» la significación de su líder Emmeline Pankhurst y reutilizando su atractivo (y su inflexión última hacia el patriotismo conservador) en el marco de la nueva política conservadora. La «Mrs.» pasó de ser enemiga pública y terrorista perseguida por Scotland Yard, a heroína conservadora y feminista patriota con retrato en la *National Portrait Gallery*, estatua en la plaza del Parlamento y acreditación como representante de una larga tradición británica de «reforma gradual» y hasta cristiana¹⁷. Curiosamente, esta «reconversión» política rehabilitadora estuvo acompañada de conmemoraciones públicas, asociadas a los hitos e iconos del sufragismo militante en su faceta más combativa (líderes, manifestaciones y respuesta policial, prisión, huelgas de hambre y muertes). Se trataba de los «Días de obligación», promovidos por la Hermandad Sufragista y con numerosa asistencia de público o notables políticos y sociales, celebrando lógicamente el día de la consecución del voto, pero también «el día de las prisioneras» o el cumpleaños de la fundadora (al menos hasta los años 1980)¹⁸. Por otra parte, la estatua de Emmeline junto al Parlamento, su retrato en la *National Portrait Gallery* o la lápida conmemoratoria en el cementerio donde está enterrada se convirtieron en los únicos puntos de referencia y peregrinaje asociados con la consecución del voto, lo que vinculó ese éxito exclusivamente a los esfuerzos de WSPU.

Este grupo recibió, finalmente, enorme atención mediática en la radio y luego en la televisión, frente a otras narraciones alternativas subsumidas. En esta línea, el excelente documental dramatizado *Shoulder to Shoulder* (1974), de Midge Mackenzie, fue todo un hito¹⁹. El sufragismo militante monopolizó definitivamente desde entonces

¹⁷ Véanse NYM MAYHALL, L. E.: «Creating...», *op. cit.*, y «Domesticating Emmeline...», *op. cit.*; también LIDDINGTON, J.: «Era of Commemoration...», *op. cit.*, p. 213.

¹⁸ NYM MAYHALL, L. E.: «Domesticating...», *op. cit.*, p. 8.

¹⁹ El documental se emitió en televisión en 1974 y veinte años después. Se ha publicado también como libro: MACKENZIE, M.: *Shoulder to shoulder*, Penguin, 1975, con excelente material gráfico.

el mérito de la consecución del sufragio, hasta el punto de que en los diversos aniversarios del mismo se siguen realizando homenajes a la citada estatua de Emmeline Pankhurst y se editan sellos —por ejemplo, en 2003— con su efigie, las imágenes de presas militantes o el lema de la WSPU —«*deeds not words*»—, sin mencionar a ningún otro grupo sufragista. El caso de Christabel es similar al de su madre. La que fuera la «*reina del mob*» fue posteriormente nombrada *Dame Comander of the British Empire*, incorporándose, como su madre, al panteón de las grandes luchadoras por la libertad como parte de la articulación conservadora de la Nación (y con placa en la Cámara de los Comunes). Por otra parte, y aunque se ha demostrado que en 1914 el movimiento estaba prácticamente desarticulado, con muchas de sus activistas en la cárcel o en el exilio y con fondos cada vez más exiguos (frente a la boyante NUWSS constitucionalista, que aumentó sus bases), se ha cultivado la leyenda de su trayectoria triunfante hasta el final. Por último (y paradójicamente), además de haber sido asimilada en el marco conservador, la versión militante se convirtió en metanarrativa precursora del feminismo radical de tercera ola. Y es que este feminismo, defensor de las políticas de la diferencia, la sonoridad femenina y los modelos matriarcales alternativos, encontró entre las militantes más radicales una actitud similar, que iba más allá de la valoración de la participación política de la mujer asociada a conceptos, partidos o políticas «patriarcales»²⁰.

En lo que respecta a la versión *militante socialista*, el hito fundacional fue la segunda obra de la propia Sylvia Pankhurst, *The suffragette movement*, escrita en 1931. En ella, Sylvia seguía justificando en lo posible la defensa de militancia, aun condenando ciertas tácticas que calificaba de método desesperado e incluso de «terrorista»; y valoraba el sacrificio y el valor de las militantes. Pero criticaba ya abiertamente la que consideraba trayectoria autoritaria/reaccionaria de las líderes del grupo: su madre Emmeline y, sobre todo, su herma-

²⁰ La situación precaria del movimiento en 1914 ha sido tratada por Crawford según destaca LIDDINGTON, J.: «Era of Commemoration...», *op. cit.*, p. 211. La reconstrucción de la militancia y la apropiación del mérito del voto han sido analizadas por Mayhall en los artículos citados, HARRISON, B.: *Separate Spheres: The opposition to women's suffrage in Britain*, Londres, Croom Helm, 1978, y KEAN, H.: «Searching...», *op. cit.* La vinculación de las militantes y el feminismo radical es destacada en PURVIS, J.: «A Pair of... Infernal Queens?, A reassessment of Emmeline and Christabel Pankhurst», *Women's History Review*, 5 (1996).

na mayor Christabel. Condenaba la separación del movimiento de lo que había constituido su raíz y debió ser su mejor aliado, el socialismo del Partido Laborista Independiente (ILP) —al que perteneció el difunto patriarca, el republicano Richard Pankhurst y su propia viuda Emmeline antes de fundar la Unión de Mujeres (WSPU)—; y reprobaba los tintes racistas e imperialistas del movimiento —un racismo, por otra parte, típico de la época, incluso en el Partido Laborista, como se lamentaba la propia Sylvia—²¹. Esta obra tendría enorme influencia y ha servido para alimentar tanto la interpretación feminista socialista como, paradójicamente, las interpretaciones antifeministas de toda índole, entre ellas la de alguno de los máximos detractores del movimiento militante, como Dangerfield. En general, ésta ha sido una tendencia más del agrado de la historiografía no feminista y, sobre todo, de la masculina. Tal vez porque resulta más fácil «digerir» el activismo político femenino en el plano de la lucha de clases que en el de la lucha de género.

Las interpretaciones historiográficas contemporáneas: desproporción y renovación

Entre los autores contemporáneos, las interpretaciones, que inevitablemente han bebido de las citadas narraciones y fuentes testimoniales, se han ido diversificando y enriqueciendo. Sin embargo, la historiografía sobre el movimiento ha estado marcada por una cierta desproporción en el tratamiento de los temas. Quizás exagera Jane Rendall al destacar cómo, a pesar de la expansión masiva de estudios sobre el sufragismo que se produjo a partir de los años ochenta, no se realizó ni un solo análisis detallado de los primeros treinta años del movimiento sufragista, entre 1860 y 1890²². No obstante, éstos se pueden contar con los dedos de una mano. Tampoco abundaron los trabajos dedicados al NUWSS, el grupo moderado dirigido por Millicent Garret Fawcett, ni a la WFL de Despard. El

²¹ Véase la Memorial Lecture impartida por Mary Davis, «Class Race and Gender», el 26 de septiembre de 2003 en Wortley Hall, Sheffield, consultada en el sitio web del *The Sylvia Pankhurst Memorial Committee*.

²² RENDALL, J.: «Citizenship, culture and civilization: The language of British suffragists, 1866-1874», en NOLAN, M., y DALEY, C. (eds.): *Suffrage and Beyond: International Perspectives*, Auckland, 1994, pp. 127-150.

movimiento de las militantes *suffragettes*, como hemos destacado, es el que ha reclamado tradicionalmente más atención, por su intensidad, su espectacularidad y su actividad polémica y desafiante —que hace parecer «aburridas» al resto de las sufragistas—. Se podría hablar, de hecho, de una cierta centralidad historiográfica de este sector dentro del cual se ha atendido especial y quizás inevitablemente al moderno espectáculo colorista de sus manifestaciones, a la violencia, o la exposición de «cuerpos de mujeres doloridas»²³. El grupo militante es también el que ha provocado más debate, alabanzas, mitificaciones y descalificaciones desde diferentes perspectivas ideológicas hasta el punto de que algunos autores han trascendido (en su lenguaje descalificativo y en su interpretación) el marco ideológico para acercarse a una cuasi «guerra de sexos» historiográfica. Algunos de los debates entre las feministas también se han articulado en torno al papel de este grupo, el conflicto entre clase y género, su concepto de la ciudadanía, su relación con el entorno político, su filosofía social o sus métodos.

En los últimos tiempos la centralidad de este debate (no resuelto) se ha visto un tanto desplazado o refrescado por importantes aportaciones que abordan el más amplio universo sufragista desde nuevas y múltiples perspectivas. También se ha concedido más atención a las bases frente a las élites o a la propia «construcción» de la historia del sufragismo. En realidad, aún no se ha equilibrado esa desproporción de partida a favor de la WSPU, el grupo militante dirigido por las Pankhurst, que sigue siendo fuente de reflexión y revisión desde diversas perspectivas. Pero las nuevas aportaciones han ampliado indudablemente el espectro cronológico y teórico. A continuación se expondrán las teorías y los representantes de las líneas fundamentales: la historiografía no feminista (liberal y socialista) y la feminista (liberal, socialista, radical y postfeminista), en su atención al movimiento sufragista, aunque con el mencionado énfasis en el citado grupo militante.

²³ «Aburridas», en GARNER, L.: *Stepping Stones to Women's Liberty: Feminist Ideas in the Women's Suffrage Movement 1900-1918*, Rutheford, 1984, p. 105; y «Doloridas», en NYM MAYHALL, L. E.: «Creating...», *op. cit.*, p. 333.

La historiografía no feminista

Según destaca Holton y Purvis, en casi todos los casos los hombres, si bien han aceptado el sufragismo femenino como una reivindicación necesaria, han entendido mal la significación cultural de la militancia. Han dado poca importancia a la fuerza simbólica y cultural de conseguir el voto; como dijera en su momento la propia Christabel, «Ningún hombre, ni siquiera el mejor de los hombres, vio jamás la cuestión del sufragio desde el mismo punto de vista que las mujeres»²⁴. A la vez —y de nuevo según Holton— han menospreciado un movimiento que tanto Asquith como Lloyd George tuvieron que tratar muy seriamente. Esa historiografía, que la citada autora denomina *masculinista* (entre otras cosas por su «visión exterior» del fenómeno, «ciega al género», y por el contraste teórico con la predominante y abiertamente feminista), no sostiene, sin embargo, ni un tono ni unas interpretaciones monolíticas. En realidad, y salvo los casos paradigmáticos de Dangerfield, Mitchell y, en parte, Pugh, cuyas interpretaciones tienen mucho de abierta descalificación misógina, esa historiografía «masculinista» —o, si se quiere, *no feminista*— se ajusta por lo general a las líneas clásicas: interpretación liberal e interpretación marxista, sin concesión alguna a las nuevas consideraciones aportadas por la historiografía de género²⁵.

Como destaca la autora de esta calificación, el *best-seller* escrito por Dangerfield, *The strange death of Liberal England* —publicado en los años 1930 y reeditado numerosas veces hasta 2001—, sería uno de los máximos representantes de esa línea «masculinista»²⁶. Su obra plantea una poderosa y atractiva narrativa de la crisis del liberalismo y la democracia, equiparando sufragismo, nacionalismo irlandés y sindicalismo como muestras del «iliberalismo» que acabó minando no sólo el gobierno del Partido Liberal, sino el propio espíritu liberal. «Termitas» llama el autor a las sufragistas, «que minaron la estructura parlamentaria inglesa, que se salvó por la intervención providencial de la guerra». En su análisis, Dangerfield utiliza términos enormemente misóginos y un tono sardónico en el tratamiento del movi-

²⁴ PURVIS, J.: «Frailty doesn't feature in war», recensión a M. PUGH, *THES*, 2 de marzo de 2001, donde está también la cita de Christabel.

²⁵ HOLTON, S. S.: «The making...», *op. cit.*, pp. 22 y ss.

²⁶ *Ibid.*

miento sufragista militante; lo descalifica como una mezcla de patologías individuales y colectivas: enjambre de «lesbianas de preguerra» y «solteronas condenadas a no hacer nada» que se ven hechizadas por una líder carismática. Utiliza conceptos psicoanalíticos como la neurosis o la histeria de las feministas (típico del primer tercio de siglo) que participan en esa «tragicomedia brutal». Se burla de las acciones reivindicativas de «falanges impenetrables de pechos encorsetados con sombreros plumíferos», sugiere el «masoquismo» como perversión sexual que les llevó a escoger ser «mártires» en sus encarcelamientos y huelgas de hambre, y el «desequilibrio psicológico» en el comportamiento de algunas de las militantes. Sus líderes, Emmeline y Christabel, se convierten en «reinas infernales». La única a la que contempla con cierta simpatía es a la socialista Sylvia (le resulta más aceptable la lucha de clases que el radicalismo de género). La interpretación de Dangerfield, aunque ha suscitado críticas unánimes entre autoras feministas (y no feministas), ha sido enormemente influyente. En una línea descalificadora similar está la obra de Mitchell, *Queen Christabel*, que llega a comparar a las *suffragettes* con un grupo terrorista y se centra en los ambientes lésbicos que frecuentaba Christabel para retratarla como una «desviada social patológica». Comenta su elección de ir a la cárcel (en lugar de pagar una multa) como una maniobra calculada «que liberó un cálido, cuasi orgásmico flujo de gratitud y aprendizaje heroico entre miles de feministas impacientes»²⁷. En su último capítulo, «*bitch Power*» (el poder de las perras, o brujas), establece una afinidad entre Christabel y las feministas contemporáneas más «salvajes», como Germaine Geer, Kate Millet o Ti Grace Atkinson²⁸.

En otra línea, en principio menos «misógina» pero ajena al acercamiento teórico feminista, están las obras de otros autores. Andrew

²⁷ Dangerfield era periodista pero su obra tuvo enorme influencia entre los historiadores. DANGERFIELD, G.: *The strange death of Liberal England, Macgibbon and Kee*, Londres, 1953, especialmente «The Women's rebellion», pp. 121-177. Esta obra ha llevado a la respuesta de autoras como MARCUS, J.: *Suffrage and the Pankhurst*, Londres, 1987 pp. 1-17. Esta autora, siguiendo a Veyne, La Capra o Hayden White, analiza y critica desde la perspectiva del lenguaje el muy influyente libro de Dangerfield. El comentario desafortunado («flujo orgásmico») es de MITCHELL, D.: *Queen Christabel*, Londres, Macdonald, 1977; lo que ha llevado a Purvis a preguntarse si no estaría escribiendo con la mano en la «bragueta» (PURVIS, J.: «A Pair of... Infernal Queens...», *op. cit.*, p. 263.

²⁸ MITCHELL, D.: *Queen...*, *op. cit.*

Rosen, por ejemplo, hizo una profunda y documentada exposición narrativa del WSPU en su obra *Rise up Women! The militant campaigns of WSPU* (1974). Martin Pugh, uno de los máximos especialistas en la actualidad, sostiene un acercamiento «*whig*» favorable al sufragismo moderado y rehabilitador del sufragismo victoriano, que también han reclamado recientemente numerosas feministas, frente al edwardiano. En sus trabajos tempranos llegó a afirmar que el movimiento sufragista tuvo poco que ver con la concesión del voto e ignoraba la simpatía de las sufragistas por el sufragio universal, que «tuvieron que tragarse»²⁹. Según este autor, la mayoría de las sufragistas eran mujeres de clase media y alta y les importaba bien poco la concesión del voto a los obreros y obreras, a los que consideraban, en el fondo, inferiores. En su libro *The march of women* (2000) moderó su actitud, y reconoció el papel de la NUWSS antes y durante la Primera Guerra Mundial para el avance en los logros feministas más progresistas (en la concesión del voto a mayores de 18 años y las mejoras laborales para la mujer). Además incluyó un detallado análisis sobre la actitud de los diferentes grupos políticos en la cuestión del voto femenino. En general, Pugh ha tendido a revalorizar los logros del sufragismo victoriano y del constitucionalista (en contraste con el movimiento edwardiano militante, hacia el que es crítico) y ha valorado positivamente el énfasis temprano en las vías parlamentarias. Destaca también sus luces y sombras: la ausencia de liderazgo, la debilidad inherente en el movimiento, la falta de inspiración, la naturaleza limitada de las demandas de las sufragistas, la reluctancia a incluir mujeres casadas, etcétera. Según este acercamiento, la era edwardiana realmente significó poco y el autor resta importancia al valor del sufragismo militante, que considera un «síntoma» del éxito previo. Sobre todo, y como sucede en otras interpretaciones liberales como la de Harrison, las consideradas «buenas» feministas son esas mujeres que son no militantes, pacientes y controladas, preparadas para trabajar con los hombres y dentro de las estructuras de la sociedad, más que buscar su transformación» (como sucedía con la WSPU)³⁰. Pero han sido sus últimas contribuciones sobre las Pankhurst las que han creado más polémica. Éstas son enormemente críticas hacia las líderes y abundan insistentemente en los «lazos lesbia-

²⁹ Cit. por HOLTON, S. S.: «The making...», *op. cit.*, p. 25.

³⁰ PURVIS, J.: «A pair of... Infernal...», *op. cit.*, p. 264.

nos» dentro del WSPU. Aborda la vida sexual de ciertas militantes, acercamiento que resulta difícil encontrar en un estudio sobre cualquier movimiento político «masculino», pero, sobre todo, la utiliza indirectamente para cuestionar la seriedad y solidez ideológica de todo el movimiento. Pugh subordina su solidez a una trama de relaciones personales, celos y rivalidades, afirmando que la política sufragista se convirtió en «un sustitutivo para los *affaires* amorosos» y que el heroísmo de sus miembros era una «alternativa a la pasión sexual». Esto, y el hecho de que ignore muchas de las aportaciones de la historiografía feminista en sus exposiciones, le ha convertido, comprensiblemente, en una «bestia negra» para muchas historiadoras feministas³¹.

También en una línea de interpretación no feminista, *whig*, podemos citar a Brian Harrison con sus *Separate Spheres* y su *Prudent revolutionaries*. Su trabajo, sin embargo, es respetuoso y serio, y su análisis sobre los argumentos antisufragistas es enormemente interesante. El autor, que simpatiza sin ambages con el movimiento constitucionalista frente al militante, ha realizado interesantes aportaciones sobre la «monopolización de la imaginación histórica» del WSPU en el periodo de entreguerras, en el que ha analizado también la continuación de la lucha feminista por parte de otros grupos³².

Partiendo de una perspectiva de análisis más progresista pero muy clásica, R. Evans, en su estudio del feminismo en Europa, América y Australasia, argumenta que el feminismo en general y el sufragismo en particular tenían sus raíces en el liberalismo clásico, y que las primeras feministas fueron radicales en su énfasis de los derechos del individuo, sin considerar sus orígenes sociales o su posición. Evans sugiere que las sufragistas se hicieron más conservadoras en el momento en que aceptaron que había «diferencias» entre los sexos y las utilizaron como base para sus demandas (de nuevo el rechazo al

³¹ Pugh ha despertado las iras de numerosas feministas, como se demuestra en el debate ya citado en el *THES*. Véase la crítica que le hace LIDDINGTON, J.: «Pankhurst and provocations», *Times Higher educational supplement*, 31 de enero de 2003 y, en general, los debates desarrollados entre Pugh, Purvis y otras feministas en el mismo medio. Ver también la reseña que hace Purvis de la última obra de PUGH, M.: *The Pankhursts*, Londres, Penguin, 2002 en *History Today* (octubre de 2002). Véase su obra *The march of Women: A revisionist Analysis of the campaign for women's suffrage 1866-1914*, Oxford, OUP, 2000.

³² HARRISON, B.: *Separate Spheres...*, *op. cit.*, y *Prudent revolutionaries: Portraits of British feminists between the wars*, Oxford, OUP, 1987.

feminismo radical). Pero además destaca el poderoso liderazgo de damas de clase media y alta y —al igual que Pugh— enfatiza el tono clasista del movimiento, especialmente en Alemania. Lloyd es otro de los clásicos que realiza una interesante síntesis del sufragismo anglosajón y americano —esta obra y la de Evans son las únicas traducidas al español—. Finalmente, Barrow y Bullock simpatizan con las socialistas feministas de la época y su desgarró entre la lealtad de clase y la de género³³. Los muy sugerentes acercamientos de David Doughan y los espléndidos estudios biográficos de Robb, Rubinstein, Berry y Bostridge completarían este panorama masculino, pero estos últimos en su faceta más feminista³⁴.

La historiografía feminista

Son tres las interpretaciones feministas clásicas —liberal, socialista y radical—, aunque en la actualidad la renovación de la teoría feminista y su pluralidad dejan un tanto obsoletas esas tres grandes etiquetas. La historiografía feminista socialista y radical tuvo en principio una cierta ambivalencia ante el sufragismo, por su carácter en teoría «exclusivamente» político y por la excesiva atención que había recibido de los historiadores frente a otros temas no políticos relacionados con la mujer³⁵. Superadas estas reticencias, le ha ido prestando la atención merecida. El feminismo liberal, por su parte, desconfiaba de las estrategias radicales o socialistas. Los tres han realizado interesantes aportaciones al mismo campo de estudio.

³³ EVANS, R.: *Las feministas. Los movimientos de emancipación de la mujer en Europa América y Australasia*, Madrid, Siglo XXI, 1977 y 1980; LLOYD, T.: *Las sufragistas*, Barcelona, Nauta, 1970; BARROW, L., y BULLOCK, I.: *Democratic Ideas and the British Labour Movement, 1880-1914*, Cambridge, CUP, 1996.

³⁴ DOUGHAN, D.: *Lobbying for Liberation: British Feminism, 1918-1968*, Londres, City of London Polytechnic, 1980. GORDON, P., y DOUGHAN, D.: *Dictionary of British Women's Organisations, 1825-1960*, Londres, Routledge, 2001; DOUGHAN, D.: «Women's suffrage: an Anglo Saxon obsession?», *STS* (abril de 1996); RUBINSTEIN, D.: *A Different World For Women: The Life of Millicent Garrett Fawcett*, Brighton, Harvester, 1990; EVANS, R.: *Comrades and Sisters: Feminism, Socialism and Pacifism in Europe, 1870-1945*, Brighton, 1987; BERRY, P., y BOSTRIDGE, M.: *Vera Brittain: A Life*, Londres, Chatto & Windus, 1995.

³⁵ La actitud del feminismo ante los estudios de sufragismo, en HOLTON, S. S.: *Feminism...*, *op. cit.*

El feminismo liberal

Ha tendido a subrayar que la desigualdad en la mujer se debía a su exclusión de ciertos derechos que requerían reformas graduales y constitucionales, y ha valorado el pragmatismo en la colaboración con los hombres en el marco de las estructuras existentes frente a todo intento de lucha frontal por transformarlas. Esta línea interpretativa tuvo éxito hasta los años 1960, aunque no contara con una abundante producción bibliográfica. Se ha recuperado recientemente con nuevos acercamientos sobre todo culturales. Éstos trascienden el encuadre meramente político para centrarse (desde una perspectiva no socialista-no radical) en el estudio de formas de resistencia alternativa. Además, ha destacado la existencia de diferentes conceptos de ciudadanía entre las sufragistas. La idea de ciudadanía podía tener múltiples significados y entre las mujeres liberales podía estar vinculada a un universo de referencias políticas ajenas al género. Podía estar asociada a la defensa de los valores de clase y cultura frente al ascenso del obrerismo, o al freno a la revolución (como argumentaba Millicent Garret Fawcett), o perseguirse como garante de la moralidad social y hasta como refuerzo del nacionalismo (en el caso escocés o irlandés) o del Imperio «frente al mundo incivilizado». También cabe incluir en este apartado aquellos trabajos que abordan el feminismo victoriano, sus logros y sus representantes: Helen Taylor, Lydia Becker, Barbara Bodichon, Jessie Boucherett, Frances Power Cobbe, Millicent Garret Fawcett, o Julia Wedgwood, por ejemplo. Entre los trabajos más significativos en esta línea se encuentran los de Phillippa Levine, Barbara Caine, Candida A. Lacey o Constance Rover³⁶.

³⁶ Sobre los diferentes conceptos de ciudadanía véanse RENDALL, J.: «Citizenship...», *op. cit.*, pp. 127-150, y PATEMAN, C.: *Women and democratic citizenship*, Berkeley, 1985; PATEMAN, C.: «Subordination: the Politics of Motherhood and Women's Citizenship», en BOCK, G., y JAMES, S. (eds.): *Beyond Equality and Difference: Citizenship, Feminist Politics and Female Subjectivity*, Londres, Routledge, 1992, y PATEMAN, C.: «Three questions about Womanhood suffrage», en DALEY, C., y NOLAN, M.: *Suffrage and beyond*, Nueva York, 1994; RENDALL, J.: «A Moral Engine? Feminism, Liberalism and the *English Woman's Journals*» en *Equal or Different*, Oxford, Blackwell, 1987; LEVINE, P.: *Victorian Feminism, 1850-1900*, Londres, 1987; LACEY, C.: *Barbara Leigh Smith Bodichon and the Langham Place Group*, Londres, 1987; ROVER, C.: *Women's Suffrage and Party Politics in Britain, 1866-1914*, Londres, Routledge, 1967; RAE-BURN, A.: *The Militant Suffragette*, 1973; *id.*: *The Suffragette View*, 1976; CAINE, B.:

El feminismo socialista

Tan preocupado de los problemas de desigualdad de clase como de género y escindido en ocasiones en una disyuntiva de difícil elección, ha tendido a seguir la poderosa interpretación socialista de Sylvia Pankhurst (su segunda obra) sobre la contribución de las mujeres obreras al movimiento y también sobre el error de las líderes del WSPU en su táctica última al prescindir del movimiento obrero. Las autoras «clásicas» representantes de esta línea son Marian Ramelson en su *Petticoat rebellion* o Sheila Rowbotham (autora clave en el nacimiento y desarrollo de la historiografía feminista británica), que en su *Hidden from history* (1972) cuestiona la imagen construida sobre el sufragismo como un movimiento exclusivamente de clase media y destaca la solidaridad de las mujeres de diferentes clases. Sin embargo —al igual que Ramelson—, critica el escaso interés de Emmeline y Christabel Pankhurst por las mujeres trabajadoras a las que parecían ignorar o incluso excluían de ciertos actos públicos para potenciar una imagen «respetable», y su tendencia autocrática y reaccionaria, que se manifestó en la expulsión de Sylvia en 1913 por su pretensión de dar más protagonismo a las obreras del East End, acercándose más al laborismo. La feminista y ministra laborista Barbara Castle también abundó en esa línea en su comparación entre Sylvia y Christabel ³⁷.

Sobre la contribución de obreras al movimiento sufragista, está la excelente obra de Liddington y Norris, que también rebaten, con su estudio sobre las sufragistas obreras de Lancashire, las acusaciones hechas al sufragismo como movimiento «de clase media» en el que la clase trabajadora estaba ausente, cooptada o manipulada. Critican al núcleo dirigente londinense del WSPU, al que ven como un grupo

«Feminism, Suffrage and the Nineteenth-Century English Women's Movement», *Women's Studies International Forum*, 5 (6), 1982, pp. 537-550; CAINE, B.: *Victorian Feminists*, Oxford, OUP, 1992; BANKS, O.: *Faces of Feminism*, 1981; WILLIAMSON, L.: *Power and protest: Frances Power Cobbe and Victorian Society Rivers*, Londres, Oram-Pandora, 2003.

³⁷ RAMELSON, M.: *The Petticoat Rebellion: A Century of Struggle for Women's Rights*, Londres, Lawrence & Wishart, 1967; ROWBOTHAM, S.: *Hidden from History: 300 years of Women's Oppression and the Fight against it*, Londres, Pluto, 1973; CASTLE, B.: *Sylvia and Christabel Pankhurst*, Londres, Penguin, 1987.

dominado por mujeres anti socialistas de clase alta³⁸. El feminismo socialista, en definitiva, ha tendido a revalorizar un sufragismo «no militante» —lo cual quiere decir no *radical-feminista*— y más comprometido con otros valores progresistas además de su lucha de género, como era el caso del grupo disidente Women's Freedom League de Charlotte Despard. Pero también se ha revalorizado la presencia de un pensamiento progresista subsumido en el grupo federal y moderado de la NUWSS tradicionalmente considerado como elitista y burgués³⁹. Ahora tenemos además una mejor visión de las ideas de las no-militantes (tanto de las liberales como de las laboristas), a partir de trabajos biográficos o análisis de organizaciones, como el ya citado de Rubinstein sobre Millicent Garret Fawcett, liberal y presidenta del grupo moderado NUWSS. O el estudio de Jill Liddington sobre Selina Cooper (1864-1946), que analiza la vida y obra de esa interesante sufragista constitucionalista, laborista y más tarde miembro del Parlamento. O el trabajo de Jo Vellacott sobre Catherine Marshall⁴⁰. Las autoras encuadradas en esta línea socialista (y también las liberales) se han cuestionado en algún caso hasta la pertinencia de las tácticas violentas de las militantes como estrategia válida para asegurar los votos para la mujer. Algunos historiadores han llegado a considerarla directamente «contraproducente».

El feminismo radical

Más allá de consideraciones de clase o ideología, las autoras adscritas a esta línea celebran la historia de las militantes, capaces de

³⁸ Véanse LIDDINGTON, J., y NORRIS, J.: *One Hand Tied Behind Us*, Londres, Virago, 1978; JOHN, A. V.: «Radical Reflections? Elizabeth Robins: The Making of Suffragette History and the representation of Working Class Women», en ASHTON, O. (ed.): *The Duty of Discontent*, Londres, Mansell, 1995.

³⁹ El progresismo de NUWSS fue planteado ya hace tiempo por PARKER HUME, L.: *The National Union of Women's Suffrage Societies, 1897-1914*, Londres, Garland, 1982, pero en la actualidad lo han revalorizado autoras como HOLTON, S. S.: *Feminism...*, *op. cit.*; o FRANCES, H.: «“Dare to be Free”: the Women's Freedom League and its legacy», en PURVIS, J., y HOLTON, S. S.: *Votes...*, *op. cit.*, p. 189.

⁴⁰ Véanse RUBINSTEIN, D.: *A Different World...*, *op. cit.*; y LIDDINGTON, J.: *The life and Times of a respectable rebel: Selina Cooper*, Londres, Virago, 1982; también VELLACOTT, J.: *From Liberal to Labour with Women's Suffrage: the Story of Catherine Marshall*, Montreal y Kingston, McGill Queens University Press, 1993.

crear un cuerpo autónomo y separado del masculino, y su coraje y atrevimiento frente al poder patriarcal⁴¹. Analizan y revalorizan el movimiento como «ejército» de guerra al patriarcado y de determinación ante los nuevos desafíos sexuales: como la crítica del matrimonio, de las costumbres sexuales masculinas o de la conspiración de silencio sobre las enfermedades venéreas. S. Jeffreys, por ejemplo, revisa en su obra los acercamientos tradicionales a la sexualidad victoriana y a las actitudes feministas, y ante la tradicional catalogación de dos actitudes (puritanas o liberadas) que se definen con referencia a la sexualidad masculina, encuentra una tercera línea que se define en referencia a un universo sexual puramente femenino (soltería o lesbianismo) y que constituye un punto de partida valiente y positivo. En una línea similar, Liz Stanley analiza ese universo femenino de valores compartidos, morales y políticos, que configuran relaciones de solidaridad, amistad y amor. Finalmente, se ha revisado la acción militante (y las biografías de las controvertidas Pankhurst) desde una posición claramente reivindicativa: se valora su actitud no convencional, como mujeres adelantadas a su época y precursoras de un feminismo radical que justifica o explica incluso todas sus aparentes contradicciones y «extrañas» derivaciones políticas o espirituales. Algunos de los trabajos de politólogas, sociólogas o historiadoras feministas radicales como Sandra Stanley Holton, Sheila Jeffreys, Kingsley Kent o, fundamentalmente, Purvis han analizado el movimiento desde diversos planos (liderazgo, estrategia, política sexual) como un intento radical por subvertir las relaciones de género, precursor del feminismo de tercera ola⁴².

⁴¹ Como destaca HOLTON, S. S.: «The Making...», *op. cit.*, p. 26.

⁴² Véanse PURVIS, J., y JOANNOU, M. (eds): *Suffrage movement...*, *op. cit.*; JEFFREYS, S.: *The lesbian heresy: a feminist perspective on the lesbian sexual revolution*, Londres, The Women's Press, 1994, o *id.*: *The Spinster and her enemies*, Londres, Pandora, 1985 sobre la significación de las campañas de «pureza moral» (entre ellas, la acaudillada por Christabel). STANLEY, L., y MORLEY, A.: *The Life, Times, Friends and Death of Emily Wilding Davison*, Londres, The Women's Press, 1988. Véanse también PURVIS, J.: «A Pair of...», *op. cit.*; KINGSLEY KENT, S.: *Sex and Suffrage in Britain 1860-1914*, Londres, Routledge, 1995, y BLAND, L.: *Banishing the Beast: English Feminism and Sexual Morality, 1885-1914*, Londres, Penguin, 1995.

Aportaciones recientes: diversidad de perspectivas

Las líneas citadas son las básicas a las que, en mayor o menor medida, se ajustan casi todos los trabajos publicados en torno al tema. Pero, como hemos destacado, los acercamientos son heterogéneos y en constante evolución, y no siempre fácilmente encuadrables⁴³. Por una parte, el debate ha dejado de estar tan centrado en las grandes figuras y se ha focalizado en las bases. Tampoco se debate tanto «quién» ganó el voto, y se atiende más a las múltiples representaciones culturales del «cómo» se ganó y «con qué expectativas». Siguiendo la evolución del lenguaje feminista, mucha de la nueva historia del sufragismo es menos victimista en sus planteamientos y habla de negociaciones de relación entre sexos, compromisos o desafíos al determinismo. Además se analizan planteamientos alternativos en el movimiento, especialmente aquellos que intentaban «romper el molde patriarcal tradicional de la política británica, planteando métodos nuevos, radicales y a menudo colectivos que se adecuaban más a las mujeres»⁴⁴, fundamentalmente en el área de la creatividad o en sus inventivas estrategias de diferenciación y atracción de la atención pública. Así se percibe en el libro editado por Joannou y Purvis (1998), *The women's suffrage movement. New feminist perspectives*. Estas autoras ya apuntaban la aparición de trabajos en curso sobre grupos locales, representaciones artísticas o métodos constitucionales. Los estudios que abordan ejemplos de nuevos tipos de resistencia de las sufragistas (como la negativa a pagar impuestos o la desobediencia civil a la hora de rellenar el censo), las redes de amistad y la sexualidad o las relaciones de las feministas con movimientos científicos han enriquecido indudablemente el panorama⁴⁵. La creatividad sufragista en los campos de la iconografía, de la propaganda y el

⁴³ EUSTANCE, C.; RYAN, J., y UGOLINI, L. (eds.): *A Suffrage Reader...*, op. cit.

⁴⁴ PURVIS, J., y JOANNOU, M. (eds.): *Suffrage movement...*, op. cit., p. 10.

⁴⁵ HARRISON, B.: *Prudent...*, op. cit.; BLAND, L.: *Banishing the Beast...*, op. cit.; BARTLEY, P.: *Prostitution. Prevention and Reform*, Londres, Routledge, 2000; JEFFREYS, S.: *The lesbian heresy...*, op. cit.; ROBB, G.: «Eugenics, Spirituality and Sex differentiation in Edwardian England. The case of Frances Swiney», *Journal of Women's History*, 10 (1998), pp. 97-117, y TAYLOR ALLEN, A.: «Feminism, Social Science and the Meanings of Modernity: The Debate on the origin of the family in Europe and United States 1860-1914», *American Historical Review*, 104 (octubre de 1999).

marketing o del estilo de militancia son también considerados como dignos de atención, así como la extensión del pensamiento sufragista a campos diversos, como la novela, la poesía, la canción o el teatro ⁴⁶.

La participación masculina ha sido analizada por B. Harrison y Angela John y Claire Eustance en una obra colectiva que acoge aportaciones sobre mentalidad masculina, su lenguaje de apoyo a las campañas, sus métodos de militancia, etcétera. Estas autoras destacan la transformación de ciertos conceptos de masculinidad entre 1890 y 1920: «¿qué revelaba el apoyo de los hombres acerca de su propio entendimiento de la masculinidad y la feminidad y qué profundidad tenía su crítica? [se preguntan las autoras] ¿Hasta qué punto su deseo de liberar a las mujeres —o permitirles liberarse— estaba condicionado por sus propios instintos, inculcados desde la niñez, de protección del sexo femenino?». Existieron hombres, como Israel Zangwill, que consideraron que el sufragismo femenino suponía una «completa re-lectura de la vida, una reevaluación de todos los valores y una transformación del área política por completo» ⁴⁷. Para otros, el voto femenino tenía un carácter mucho más instrumental y específico. Por eso en esta obra se destaca cómo el apoyo de los hombres al sufragio femenino se realizó desde diferentes perspectivas. Había no pocos clérigos que apoyaban abiertamente la organización sufragista esperando una mejora en la moralidad social con la incorporación de las mujeres. Estaban los socialistas, por ejemplo, que lo incluían en su agenda igualitaria y de lucha de clases, aunque, en ocasiones, lo defendían con ciertas reticencias o tenían que sortearlas en su partido (por el origen de clase de muchas sufragistas). Pero también había hombres dispuestos a enfrentarse a la prisión y a la alimentación for-

⁴⁶ ATKINSON, D.: *Suffragettes in the Purple, White and Green*, Londres, Museum of London, 1992; TICKNER, L.: *The Spectacle of Women*, Londres, Chatto & Windus, 1987; GREEN, B.: *Spectacular Confessions*, Londres, Macmillan, 1997; NORQUAY, G.: *Voices and Votes: A Literary Anthology of the Women's Suffrage Campaign*, Manchester, 1995; CHRISTENSEN, C.: *Literature of the women's suffrage campaign in England*, Plymouth, 2004; STOWELL, S.: *A Stage of their own: Feminist playwrights of the suffrage era*, Michigan, 1992. Las políticas culturales y las narraciones sufragistas han sido analizadas por DODD, K.: «Cultural Politics and Women's Historical Writing: The Case of Ray Strachey's *The Cause*», *Women's Studies International Forum*, 13 (1990), pp. 127-137.

⁴⁷ HARRISON, B.: *Separate...*, *op. cit.*; JOHN, A., y EUSTANCE, C.: *The men's share: masculinities, male support and women's suffrage in Britain (1890-1920)*, Londres, Routledge, 1997, pp. 29-30.

zosa por la defensa del movimiento «per se», caso de Pethick Lawrence, por ejemplo. El acercamiento de ciertos sectores al movimiento permite en todo caso apreciar muy bien el conjunto de negociaciones públicas y privadas en torno al poder ⁴⁸.

También, como ya se ha destacado, se ha incidido en la complejidad interna del funcionamiento de las bases del movimiento, rompiendo con la imagen de una división estricta entre los dos grupos ⁴⁹. En algunos casos, esa complejidad impide la adscripción política convencional de los grupos, y así lo han destacado recientes estudios que, a la vez, reinterpretan el liberalismo. Trabajos como el de Scott o Cairne sugieren que, desde el principio, las campañas sufragistas esgrimieron un conjunto de ideas diversas que no eran excluyentes entre sí. Cuando las mujeres comenzaron a hacer campaña utilizaban los argumentos heredados de las ideas de la Revolución Francesa y del liberalismo del siglo XIX, para argumentar que la mujer debería tener el voto como un derecho natural basado en su común humanidad con los hombres, y esto se asimilaba al concepto clásico de ciudadanía. Pero, al tiempo que razonaban la necesidad del voto basándose en la igualdad, también lo reclamaron desde la perspectiva de la diferencia. Para ello aducían la supuesta influencia «purificadora» de la mujer en la sociedad y su capacidad para influir en la regeneración moral (equiparable a la político-social). También su característica más específica, el maternalismo, parecía aplicable a un «Estado materno» cuidador de sus hijos más desfavorecidos, como alternativa al masculino «Estado minotauro», empeñado en guerras y competencia cruel ⁵⁰. Este argumento se utilizó mucho en el sufragismo inglés y en el americano. Los historiadores han tendido a ver una dicotomía entre el feminismo de la igualdad y el de la diferencia, sin considerar que pueden ser perfectamente complementarios; igual que han tendido desesperadamente a «encuadrar» políticamente a las sufragistas que actuaban con aparente incoherencia política. Pero esta presunta incoherencia des-

⁴⁸ HARRISON, B.: *Separate Spheres...*, *op. cit.*

⁴⁹ Las redes de amistades y los valores compartidos frente a las lealtades de clase o de partido preexistentes o las faccionalistas-sufrajistas las analiza HOLTON, S. S.: *Suffrage days...*, *op. cit.*; e *id.*: *Feminism...*, *op. cit.*

⁵⁰ Esta última idea también tuvo éxito en Francia, propuesta por la sufragista A. Auclert. Véase COVA A.: «El feminismo y la maternidad en Francia: teorías y práctica política, 1890-1918», en BOCK, G., y THANE P. (eds.): *Maternidad y políticas de género. La mujer en los Estados de Bienestar europeos*, Madrid, Cátedra, 1996.

aparece si se analiza desde una perspectiva de género, como han subrayado Scott o Caine⁵¹. Del mismo modo, se ha destacado la necesidad de «no sobreestimar las divisiones internas de las sufragistas, frente al hecho más sorprendente de su unidad, el factor unificador de su experiencia común»⁵².

Otros interesantes campos que se han explorado recientemente han sido las fuentes de inspiración y universos culturales del feminismo y, por derivación, del sufragismo alternativos al del pensamiento político liberal o radical —considerado tradicionalmente marco ideológico único o dominante—. Se ha destacado, por ejemplo, la influencia original del evangelicalismo que, a diferencia de otras religiones, no sólo promocionaba la participación de la mujer en la Iglesia, sino que la animaba a participar activamente en las cuestiones sociales. También se ha valorado la vinculación entre espiritualidad y feminismo, especialmente el importante papel de la teosofía en Inglaterra y Estados Unidos. En el plano científico se ha estudiado la relación entre el feminismo y la eugenesia que, con su lenguaje de maternología y mejora de la raza, proveyó al movimiento directa o indirectamente de argumentos de «superioridad» femenina (además de racial), como en el caso de la sufragista, teósofa y eugenista Frances Swiney. La vinculación de las feministas a movimientos pacifistas ha sido analizada por Heloise Brown. La autora ha resaltado la construcción de la mujer como agente moral que, además (frente a los argumentos excluyentes basados en su debilidad física), creía más en el debate que en la fuerza física tanto en las relaciones personales como en las colectivas; y ha analizado los debates internos entre feministas sobre las formas de nacionalismo, patriotismo y pacifismo⁵³.

Otra línea de estudio se centra en los «lenguajes del sufragismo» y el concepto de ciudadanía que, si bien partía de un marco liberal, fue

⁵¹ SCOTT, J.: «Deconstructing equality versus difference: or the uses of post structuralist theory of feminism», en *The postmodern turn*, Cambridge, CUP, 1994, y CAINE, B.: *Victorian feminists...*, *op. cit.*

⁵² EUSTANCE, C.; RYAN, J., y UGOLINI, L.: *A suffrage reader...*, *op. cit.*, p. 5.

⁵³ DIXON, J.: *Divine Feminine: Theosophy and Feminism in England*, Baltimore, John Hopkins University Press, 2001, y LEFKOWITZ, M.: «The twilight of the Goddess: Feminism, Spiritualism and a new craze», *The New Republic*, 29 (1992). MATHERS, H.: «The Evangelical Spirituality of a Victorian Feminist: Josephine Butler, 1828-1906», *Journal of Ecclesiastical History*, 52 (2001). Sobre Swiney y eugenesia, ROBB, G.: «Eugenics, Spirituality...», *op. cit.* BROWN, H.: «*The truest form of patriotism*». *Pacifist feminism, 1870-1902*, Manchester, 2003.

reelaborado. Algunas mujeres reclamaban el derecho a votar porque pagaban tasas o tenían propiedades, pero otras sencillamente lo reclamaban como un derecho que debía ser extensible a la humanidad, aunque las cualificaciones para el voto deberían basarse en la racionalidad, la inteligencia y la responsabilidad. Para muchas, el voto suponía una forma de participar en la reforma social, para otras una oportunidad de conseguir un trabajo en iguales condiciones que los hombres o para ejercer en el plano público un influjo moral o incluso espiritual. El lenguaje sufragista y una redefinición del concepto de ciudadanía han sido analizados por Pateman o Rendall⁵⁴. Birtie Siim, por su parte, ha realizado un estudio comparado de género y ciudadanía en Francia, Gran Bretaña y Dinamarca, analizando las contradicciones de los diferentes proyectos de ciudadanía al considerar a la mujer. En Francia, según destaca Siim, la exclusión de la mujer ilustra las contradicciones del republicanismo cívico y la distancia entre el universalismo masculino y el percibido particularismo de las mujeres. En la historia británica, muestra las del pluralismo liberal y la distancia entre el activismo social de las mujeres a nivel local y nacional. El caso danés deja claras las contradicciones de la socialdemocracia y la distancia entre representación política y poder en su aplicación a la mujer⁵⁵.

Otro objeto de interés es la cultura política del movimiento vinculado al desarrollo más amplio de la moderna cultura política británica. Entendidas en este plano tendrían más clara explicación las tácticas diversas y los comportamientos de las sufragistas, como ha destacado Mayhall. Es también en este plano de la cultura política en el que quizás cabría entender el *por qué* de la que David Doughan ha denominado «obsesión anglosajona por el voto» que no tiene parangón en ningún otro país, excepto en Estados Unidos, y que llegó a tener tal fuerza que convirtió al resto del movimiento feminista que luchaba por derechos diversos de la mujer en una especie de «apéndice». La parte sufragista acabó absorbiendo y oscureciendo al todo feminista, depositándose increíbles expectativas en el voto para formar parte del sistema, para luego una vez conseguido, caer en una especie de letargo. Igualmente en el plano de la cultura política tra-

⁵⁴ RENDALL, J.: «Citizenship...», *op. cit.*, pp. 127-150; también los trabajos citados de Pateman.

⁵⁵ SIIM, B.: *Gender and citizenship. Politics and Agency in France, Britain and Denmark*, Cambridge, CUP, 2000.

bajan las autoras que analizan la «construcción» política a posteriori de la memoria del sufragismo y su discurso⁵⁶.

Hay otros aspectos menos positivos del espectro cultural sufragista, que también se han estudiado recientemente, como las dimensiones imperialistas, racistas o etnocéntricas del movimiento, analizadas por Burton o Ramusack. Estas autoras han apuntado a la necesidad de que estas tendencias se entiendan en un contexto imperialista en el que las propias sufragistas se vieron a sí mismas como un elemento de progresiva civilización y mejora de las naciones «inferiores». Burton va más allá y analiza la aplicación del moderno concepto de feminismo al abordar el pasado del mismo. Por ejemplo, se pregunta si en nuestro tiempo ciertas feministas del siglo XIX o principios del XX, con todos sus prejuicios de raza o clase, serían siquiera consideradas feministas⁵⁷. Pero, aunque ciertamente predominaba en general ese tono imperialista y nacionalista-patriótico, en otros casos, el sufragismo se vio condicionado por la política «local» y asociado a movimientos revolucionarios o de liberación nacional, sobre todo en aquellos lugares bajo dominación extranjera (incluyendo el caso irlandés). Krista Cowman y June Hannam han destacado que es confuso hablar de un «proyecto nacional» de sufragismo, igual que Jane Rendall, que ha estudiado la relación entre sufragismo y las identidades raciales y nacionales⁵⁸. A estos trabajos, que dibujan un panorama muy diferente del universo político y cultural londinense, que ha monopolizado la imagen del movimiento, se han sumado los enriquecedores estudios locales sobre Gales, Irlanda, Escocia, Lancashire y, muy recientemente, las «chicas rebeldes» de Yorkshire, en el último estudio publicado por Liddington, que quiere «contrarrestar “el *celebrity suffrage*” averiguando más sobre las sufragistas locales»⁵⁹. O también

⁵⁶ Véanse las obras ya citadas de MAYHALL, KEAN y HARRISON. DOUGHAN, D.: *Women's suffrage...*, *op. cit.*

⁵⁷ BURTON, A.: «The feminist quest for identity: British Imperial Suffragism and Global Sisterhood 1900-1915», *Journal of Women's History*, 3:2 (1991), y *id.*: *Burdens of History: British Feminism, Indian Women and Imperial Culture, 1865-1915*, Indiana, Indiana University Press, 1995. RAMUSACK, B.: «Cultural Missionaries, maternal imperialists, Feminist allies; British Women activists in India 1865-1945», *Women's Studies International Forum*, 13 (1990), pp. 309-321.

⁵⁸ EUSTANCE, C.; RYAN, J., y UGOLINI, L.: *A suffrage reader...*, *op. cit.*, p. 3.

⁵⁹ La expresión «*celebrity...*» en la recensión de Alison Light a LIDDINGTON, J.: *Rebel girls: their fight for vote*, Londres, Virago, 2006, en *London Review of Books*, 25 de enero de 2007. CULLEN, R.: *Smashing times. A history of the Irish women's suffrage*

la biografía de sufragistas disidentes, como la de la activista de Sinn Fein, Charlotte Despard, escrita por Andro Linklater⁶⁰.

Finalmente, se han editado desde 1990, diccionarios y enciclopedias del sufragismo, así como excelentes manuales para estudiantes (como el de Bartley), que facilitan un acercamiento al tema para un público más amplio y una rápida visión general. Además, se han escrito numerosas biografías, intentando iluminar, a través de las protagonistas más secundarias, aspectos o tendencias diversas del sufragismo que no sólo rompen con los modelos binarios de adscripción ideológica o de grupo y las clasificaciones rígidas, sino que iluminan rincones más cotidianos, casuísticas y problemáticas diversas más esclarecedoras y enriquecedoras de ese universo de mujeres. En este sentido, son especialmente útiles los diccionarios biográficos y los libros de biografías colectivas o individuales⁶¹.

En el plano biográfico —donde se pueden resolver tantas batallas teóricas— aún siguen acaparando la atención las controvertidas Pankhurst, cuyas biografías no se han visto libres de los debates interpre-

movement 1889-1922, Dublín, 1995; LENEMAN, L. A.: *Guid Cause: The Women's Suffrage Movement in Scotland*, Aberdeen University Press, 1991; RYAN, L.: *Irish Feminism and the Vote*, Dublín, Folens, 1996; MURPHY, C.: *Women's Suffrage Movement and Irish Society*, Londres, Harvester Wheatsheaf, 1989; CRAWFORD, E.: *The women's suffrage movement in Britain and Ireland: a regional survey*, Londres, Routledge, 2005.

⁶⁰ DU BOIS, E.: «Woman suffrage and the left: An International Socialist Feminist Perspective», *Woman Suffrage and Women's Rights*, 1998; LINKLATER, A.: *An Unbanded Life: Charlotte Despard Suffragette, Socialist, and Sinn Feiner*, Pandora, 1989; y también MULVIHILL, M.: *Charlotte Despard. A Biography*, Londres, Pandora 1989; CULLEN, R.: *Smashing times...*, *op. cit.*; LENEMAN, L. A.: *Guid Cause...*, *op. cit.*; RYAN, L.: *Irish Feminism...*, *op. cit.*; MURPHY, C.: *Women's Suffrage...*, *op. cit.*; LIDDINGTON, J.: *Rebel girls...*, *op. cit.*

⁶¹ HANNAM, J., y AUCHTERLOINE, M.: *International Encyclopaedia of Women's suffrage*, California, 2000; BANKS, O.: *The Biographical Dictionary of British Feminists*, vol. 1, 1800-1930, vol. 2, *A Supplement, 1900-1945*, Brighton, Harvester Wheatsheaf, 1990; BARTLEY, P.: *Votes for women 1860-1928*, Oxon, Hodder Murray, 2003; BERRY P., y BOSTRIDGE, M.: *Vera Brittain...*, *op. cit.*; JORDAN, J.: *Josephine Butler*, Londres, John Murray, 2001; ANDERSON, L., y NOLLAN, A.: *Victorian Feminist Christian: Josephine Butler, the Prostitutes and God*, Paternoster, 2004; JOHN, A. V.: *Elizabeth Robins: Staging A Life, 1862-1952*, Londres, Routledge, 1995; PEDERSEN, S.: *Eleanor Rathbone and the politics of conscience*, New Haven, Yale University Press, 2004; MITCHELL, S.: *Frances Power Cobbe: Victorian Feminist, Journalist, Reformer*, University of Virginia Press, 2004; TUCKER, A.: *Suffragette partnership: the lives of Lettice Floyd and Annie Williams, 1860-1943*, 2005; WILSON, G.: *Con todas sus fuerzas. Gertrude Harding Militante sufragista*, Tafalla, 1999. De nuevo HOLTON, S. S.: *Suffrage days...*, *op. cit.*, realiza un acercamiento muy interesante.

tativos que han afectado a la historia del movimiento. Su popularidad y su significado aún están muy vivos: recientemente Emmeline ha sido votada en la BBC entre los más grandes británicos de todos los tiempos (junto a Florence Nightingale o Diana de Gales y compitiendo con Churchill, Darwin, Shakespeare o Cromwell). La polémica entre los «pankhurstólogos» se ha extendido a apasionados debates públicos. Se han escrito tres biografías de Emmeline, cuatro de Sylvia y una de Christabel (y hay otra en camino)⁶². Hasta la menos conocida tercera hija, Adela, cuenta con una biografía —y unos apuntes en el último trabajo de Liddington—. Sylvia Pankhurst fue la primera en ser estudiada en su faceta política y artística por su propio hijo, Richard, y, después, por Patricia Romero en una biografía tan crítica como llena de errores. También Bárbara Winslow y más recientemente Shirley Harrison han escrito sendos estudios biográficos sobre la feminista socialista (pacifista, antifascista y antiracista). Su hermana Christabel, un carácter mucho más controvertido, ha recibido menos atención, si bien su conversión final al fundamentalismo cristiano ha sido analizado recientemente por Timothy Larsen. El autor no sólo no encuentra contradicción, sino que incide en la relación que existe entre su feminismo y su espiritualismo fundamentalista y sugiere, en general, que se estudie más la conexión entre teosofía y el movimiento feminista. Sin embargo, tal y como ha destacado Pugh, uno de sus críticos, no aclara esa relación o la explicación de su conversión y, sin embargo —añade Pugh—, ignora la tendencia del movimiento *suffragette* a adoptar el lenguaje, el simbolismo y hasta el tono apocalíptico del cristianismo, que pudo condicionar psicológicamente a la líder. Emmeline cuenta con diversos estudios recientes, como el de Bartley. Pero la biografía más completa de la «Mrs.» es la escrita por la feminista radical June Purvis. Un trabajo este último un tanto «hagiográfico» de la fundadora, en el que Purvis enfatiza su feminismo «femenino» y su carácter de patriota feminista, justificando, entre otras cosas, su moralismo, su imperialismo racista, su antimarxismo y hasta su conservadurismo «postfeminista». Ofrece, no obstante, una visión renovadora ajena a las valoraciones convencionales y en la línea de la nueva teoría feminista. Una perspectiva opuesta a la de la citada autora es la de la biografía familiar de las Pankhurst escrita por Martin

⁶² La está escribiendo June Purvis, que ha retomado su trabajo sobre la líder sufragista interrumpido por la publicación de la biografía de Emmeline.

Pugh. En esta obra absolutamente crítica de las militantes, se encuentran referencias a la vida lesbiana de Christabel, a la facilidad de las Pankhurst para «vender» y ganar dinero, a la tiranía de Emmeline o a su fracaso familiar; todo ello escrito con un tono que trasciende la crítica personal para extenderse a la descalificación política del movimiento y que recuerda a la vieja escuela de Dangerfield⁶³.

Unas breves conclusiones historiográficas

Como se puede comprobar, las sufragistas británicas no han estado en absoluto «escondidas de la historia», al menos en los últimos treinta años. Y además, a pesar del torrente de trabajos especializados y de síntesis editados, aún siguen atrayendo la atención de los historiadores y, sobre todo, de las historiadoras. En parte se debe a la reciente revitalización, revisión y ampliación del concepto de ciudadanía o al interés por el estudio de las culturas políticas. Pero también a la ya citada evolución de su estudio de la mano de la evolución teórica y política del feminismo. A lo largo de estas páginas hemos visto algunas de las características más destacables de la historiografía sobre el movimiento: su desproporción inicial en la atención a los grupos protagonistas y su contagio de las interpretaciones fundacionales; la poderosa reconstrucción memorialística del sufragismo (con obje-

⁶³ Sobre Adela Pankhurst, COLEMAN, V.: *The Wayward Suffragette, 1885-1961*, Melbourne University Press, 1996. Véase también LIDDINGTON, J.: *Rebel...*, *op. cit.* Sobre Sylvia, PANKHURST, R.: *Sylvia Pankhurst: Artist and Crusader*, Londres, Paddington, 1979; ROMERO, P.: *Sylvia Pankhurst Portrait of a Radical*, New Haven, Yale UP, 1988; PANKHURST, R.: «Sylvia Pankhurst in perspective. Some comments on Patricia Romero's "E Sylvia Pankhurst: Portrait of a rebel"», *Women's Studies International Forum*, 11 (1990); HARRISON, S.: *Sylvia Pankhurst: the life and loves of a romantic rebel*, Londres, Aurum, 2003; DAVIS, M.: *Sylvia Pankhurst. A life in Radical Politics*, Londres, Pluto Press, 1999. Sobre Christabel, LARSEN, T.: *Christabel Pankhurst: Fundamentalism and Feminism in Coalition*, New York, Boydell, 2002, y PUGH, M.: Recensión a «Christabel Pankhurst: Fundamentalism and Feminism in Coalition», *The English Historical Review*, 120 (2005), pp. 258-259. También SARA, E.: «Christabel Pankhurst: reclaiming her power», en DALE, S. (ed.): *Feminist Theorists: 3 centuries of key women history*, Nueva York, 1983, pp. 259-283. Sobre Emmeline, BAILEY, K.: «Emmeline Pankhurst», *British Heritage*, 20 (1999), p. 55, o NYM MAYHALL, L. E.: «Domesticating Emmeline...», *op. cit.*; BARTLEY, P.: *Emmeline Pankhurst*, Londres, Routledge, 2002; PURVIS, J.: *Emmeline Pankhurst: A Biography*, Londres, Routledge; *id.*: «A "Pair of... Infernal Queens..."» *op. cit.*, y PUGH, M.: *The Pankhursts*, London, Penguin, 2003.

tivos de legitimación o reafirmación política); el tratamiento personalista, presentista y evaluador al que se ha visto sometido en muchas ocasiones. Pero también se ha destacado su vitalidad, su giro hacia el tratamiento no maniqueo o victimista, su despegue de los marcos de narración política tradicionales (y patriarcales), su enorme riqueza de contenidos y matices y últimamente su descentralización londinense y del «*celebrity suffrage*», en busca de las claves de su comportamiento, estrategia y motivación entre las bases locales. Sobre todo, se ha destacado su continua actualidad de interés. A todo ello podíamos añadir al menos dos críticas más negativas. Por un lado, el anglocentrismo dominante que se manifiesta en una escasa o nula presencia de trabajos comparativos con otros países; por otro, la aparente dificultad (permanente) por parte de los historiadores masculinos —en términos generales— de entender o aceptar el movimiento en sus fases o aspectos más radicales que, en muchas ocasiones, sólo se pueden valorar adecuadamente desde la perspectiva de género. También es destacable la participación minoritaria de hombres en el tema, lo cual provoca una inevitable tribalización. El intentar solventar estas carencias, tanto como el profundizar en las nuevas líneas abiertas, demuestra que, aunque resulte cada vez más complicado, aún se puede enriquecer el paisaje. El caleidoscopio, como destaca Holton, sigue girando⁶⁴.

⁶⁴ HOLTON, S. S.: *Suffrage...*, *op. cit.*, p. 249.